

LA PREOCUPACIÓN DE LA INDECISIÓN, DE LA INCONSTANCIA Y DEL DESALIENTO⁹⁶

**Nadie puede servir a dos señores. Los paganos
se afanan por todo eso.**

El pájaro no tiene esta preocupación.

Si los ángeles son mensajeros de Dios, obedientes a cada uno de sus guiños, y Dios emplea los vientos como ángeles suyos, no menos obedientes son el pájaro y el lirio, aunque Dios no los emplee como mensajeros y ni siquiera le sirvan para nada. El pájaro y el lirio no tienen ninguna ocasión de darse importancia en virtud del empleo que de ellos se haga, se sienten humildes como si estuviesen de sobra. Pero por eso no son menos queridos de Dios, ni tampoco es una dicha de las más pequeñas estar de sobra de esa manera. Como en nuestra vida ajetreada no suele ser raro toparse con un hombre excepcionalmente dotado, a quien se le considera casi de sobra porque se desentiende de todas esas ocupaciones que el activismo le quiere asignar, ponerle entre manos o emplearle en ellas y, sin embargo, cabalmente su superfluidad contribuye mucho más a la gloria del Creador que todas las importantes gestiones del activismo; como María a los pies de Jesús le honraba mejor que la febril actividad de Marta: así también el lirio y el pájaro son un lujo de la belleza y de la alegría prodigadas por Dios con la creación. Mas precisamente porque son así un lujo, se les exige también la más perfecta obediencia. Ciertamente que todo lo que existe es por la gracia de Dios; pero aquel que se lo debe todo a la gracia, de tal suerte que está ahí para lujo está tanto más obligado a la obediencia. Ciertamente que todo lo que existe es nada en las manos omnipotentes que lo sacaron de la nada; pero aquello que al empezar a existir ha venido a ser solamente un lujo, tiene que comprender más profundamente que lo demás que no es nada. Cuando los padres organizan una fiesta para sus propios hijos, de seguro que les exigen la obediencia alegre, o la alegría que es obediencia; pero si la organizan para los niños pobres y todo lo ponen a su disposición, exactamente como si se tratara de sus propios hijos, entonces les exigen de una manera todavía más formal la alegría cuyo secreto es la obediencia absoluta.

El lirio y el pájaro definitivamente son así, sirven sólo al “Señor”, sin pensar para nada en ningún otro señor y sin que ninguno de sus pensamientos no sea para Aquél; más obedientes en sus manos que la rama flexible en las del jardinero, más obedientes a cualquiera de sus guiños que la paloma doméstica a los de su amo. Todos los lirios y los pájaros pertenecen a un solo Señor y sólo a Él le sirven.

Por eso el pájaro jamás está perplejo. El que vuela de acá para allá no es un signo de *indecisión*, aunque podría parecerlo, sino exactamente todo lo contrario, lo hace evidentemente movido por la alegría; no es el vuelo inseguro de la *indecisión*, sino el brinco ligero de la obediencia total. Es verdad que el pájaro en seguida se aburre en un sitio permanente y se aleja volando, pero esto no lo hace por *inconstancia*, sino exactamente todo lo contrario, es el fruto de una decisión firme y determinada de la obediencia perfecta; pocas veces habrá habido una decisión humana tan determinada y tan firmemente mantenida. Es cierto que con frecuencia se ve a un pájaro estar alicaído en una rama, apenado quizá, pero eso no es el *desaliento*; el pájaro obediente nunca está desanimado y su vida es esencialmente descuido precisamente porque sólo sirve a un señor. Esta conducta es provechosa tanto para los pájaros como para los hombres, y sirve para liberarlos de preocuparse desalentadamente.

⁹⁶ *Obras y papeles*, tomo III. Ediciones Guadarrama, Madrid.

Ahora nos preguntamos: ¿Cómo son maestros el lirio y el pájaro? Muy sencillamente. Ellos sólo sirven a un señor, o lo que es lo mismo, le sirven totalmente. Por lo tanto, sé como el lirio y el pájaro, sirve tú también solamente a un señor, sírvelo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y entonces tú también estarás sin preocupación. Más favorecido que el pájaro y el lirio, tú estás emparentado con aquel Señor -el lirio y el pájaro son como los niños pobres-, pero obedeciendo sirves, al mismo Señor, si como el lirio y el pájaro le sirves totalmente.

Consideremos ahora con toda seriedad, según la indicación evangélica, al lirio y al pájaro como maestros. Con toda seriedad, puesto que el Evangelio no es tan exageradamente espiritual que no pueda echar mano del lirio y del pájaro; pero tampoco es tan terreno que sólo pueda contemplarlos con nostalgia o, a lo más, con una cierta sonrisa.

Del lirio y del pájaro, en cuanto maestros, aprendamos:

SILENCIO, o aprendamos a CALLAR.

Pues de seguro que es el lenguaje el que hace que el hombre se destaque sobre el bruto, y en este caso, si alguien gusta de recalcarlo, muchísimo más sobre el lirio. Pero de que el poder hablar sea una ventaja, no se sigue que no sea un arte, un arte maravilloso, el poder callar; al revés, precisamente porque el hombre puede hablar, precisamente por eso, es un arte poder callar, y precisamente porque su ventaja le pierde con facilidad, precisamente por eso es un arte maravilloso el poder callarse. Y esta es la lección de los silenciosos maestros: el lirio y el pájaro.

“BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTICIA”

Mas ¿qué significa esto?, ¿qué tengo que hacer?, o ¿qué empeño es aquél del que se pueda afirmar que busca, que aspira al Reino de Dios? ¿Tendré que buscarme un empleo, que corresponda a mis aptitudes y fuerzas, para actuar en esa dirección? No, tú debes buscar *lo primero* el Reino de Dios. ¿Tendré que dar toda mi fortuna a los pobres? No, *primeramente* buscarás el Reino de Dios. ¿Tendré que irme por el mundo y anunciar esta doctrina a los cuatro vientos? No, tú debes buscar *lo primero* el Reino de Dios. Pero así las cosas, ¿no es nada, en cierto sentido, lo que tengo que hacer? Desde luego, completamente de acuerdo, en cierto sentido es nada; tienes que hacerte, en el más profundo sentido de la palabra, a ti mismo nada, tornarte nada delante de Dios, aprender a callar; en este silencio está el comienzo que consiste en buscar *primeramente* el Reino de Dios.

De esta manera, piadosamente, se llega al comienzo en cierto sentido hacia atrás. El comienzo no es aquello con lo que se empieza, sino aquello a lo que se llega; y se llega de espaldas a ello. El comienzo es ese arte de *hacerse* callado; puesto que *ser* callado como lo es la naturaleza, no es ningún arte. Y este hacerse así profundamente silencioso, silencioso frente a Dios, constituye el comienzo del temor de Dios; pues como el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría, así el silencio es el comienzo del temor de Dios. Y de la misma manera que el temor de Dios es más que el comienzo de la sabiduría, es sabiduría, así también el silencio es más que el comienzo del temor de Dios, es el temor de Dios mismo. En este silencio, divinamente atemorizados, enmudecen los muchos pensamientos del anhelo y del ansia; en este silencio enmudece temerosa de Dios la locuacidad de la acción de gracias.

La ventaja del hombre sobre el bruto es la de poder hablar, pero respecto de Dios, al hombre capaz de hablar se le puede convertir fácilmente en una ruina el pretender hablar. Dios está en los cielos, el hombre sobre la tierra: por eso no es cosa fácil que puedan dialogar. Dios es omnisciencia, lo que el hombre sabe son unas cuantas garrulerías; por eso no es cosa fácil que

puedan dialogar. Dios es amor, el hombre incluso en lo que respecta a su propio bien es, como suele afirmarse de un niño, un tontuelo: por eso no es cosa fácil que puedan dialogar. Sólo con mucho temor y temblor puede el hombre hablar con Dios; con mucho temor y temblor. Mas hablar con mucho temor y temblor es por otra razón difícil; pues de la misma manera que la angustia ahoga físicamente la voz, así también el mucho temor y temblor hacen que el lenguaje enmudezca silencioso. Esto lo sabe muy bien quien ora de un modo auténtico; y quien no oró auténticamente, quizá fue esto precisamente lo que aprendió a rezar. Había algo que tenía muy metido en la cabeza, una cosa muy importante para él, que le forzaba muchísimo a hacerse comprender de Dios; y le daba miedo el que se hubiera olvidado algo en la creación, y de habersele olvidado, ¡ay!, estaba temeroso de que Dios por su parte lo echase en saco roto. Todo esto le impelía a concentrar su espíritu para rezar de un modo auténticamente interior. Y ¿qué le sucedió entonces, si de veras rezó interiormente? Le aconteció una cosa extraña; que a medida en que más y más se interiorizaba en la plegaria, tenía cada vez menos cosas que decir, hasta que al fin se tornó completamente callado. Se hizo silencioso, o lo que posiblemente es todavía más opuesto a la facultad de hablar que el mismo silencio: se convirtió en *oyente*. Antes opinaba que rezar era hablar; ahora había aprendido que rezar no es solamente callar, sino oír. Y ésta es la pura verdad; rezar no es oírse hablar a sí mismo, sino llegar a callarse y, permaneciendo callado, aguardar: hasta que el orante oiga a Dios.

Por esta razón, las palabras del Evangelio: buscad lo *primero* el Reino de Dios, educan al hombre, como haciéndole un nudo en la garganta, respondiéndole siempre a toda pregunta sobre si es esto o aquello lo que tiene que hacer: no, debes buscar *primeramente* el Reino de Dios. Y por eso podríamos parafrasear las palabras evangélicas de la siguiente manera: tienes que empezar por orar; no como si -cosa que ya hemos explicado- la oración empezase siempre por el silencio, sino porque cuando la oración se ha convertido auténticamente en plegaria, entonces se ha hecho silencio. Buscad primero el Reino de Dios, es decir: ¡orad! Si tú preguntas -por más que en la pregunta registrases todo lo particular de uno y otro tipo, inquiriendo-: ¿es esto lo que tengo que hacer?, y ¿si lo hago, es esto buscar el Reino de Dios?; se te ha de responder: no, debes buscar primeramente el Reino de Dios. Mas rezar, rezar auténticamente, es tornarse silencioso, y es buscar lo primero el Reino de Dios.

Este silencio lo puedes aprender junto al lirio y al pájaro. Esto quiere decir que su silencio no es ningún arte, pero si tú te *tornas* callado como el lirio y el pájaro, es que estás cabe el comienzo, que consiste en buscar *lo primero* el Reino de Dios.

¡Qué solemne es todo allá fuera, junto al lirio y al pájaro, bajo el cielo de Dios! Y ¿por qué? Pregúntaselo al poeta, que te responderá: porque reina el silencio. Y este silencio solemne le atrae irresistiblemente, lejos de la mundanidad del mundo de los hombres en que no se hace más que hablar, lejos de la totalidad de la mundana vida humana, que no hace sino demostrar de una manera lamentable que el hombre mediante el lenguaje se destaca sobre los brutos. “Pues -se preguntará el poeta- ¿es esto acaso destacarse? ¡Que venga Dios y lo vea! Yo prefiero muchísimo más el silencio que reina allá fuera. ¿Lo prefiero? No, no hay comparación, ese silencio se destaca infinitamente sobre los hombres capaces de hablar”. Porque el poeta cree captar la voz de la divinidad en el silencio de la naturaleza; en cambio, piensa que en el hablar agitado de la gente no sólo no se capta la voz divina, pero ni siquiera una vez se puede barruntar que el hombre está emparentado con la divinidad. Esta es la afirmación del poeta: el lenguaje hace que el hombre se destaque sobre el bruto, desde luego, con tal de que sea capaz de *callarse*.

Pero a callar puedes aprender allá fuera junto al lirio y al pájaro, donde reina el silencio, y también algo divino en este silencio. Allá fuera hay silencio; no solamente cuando todo calla en la noche silenciosa, sino también durante el día entero cuando miles de cuerdas están vibrando y todo es como un mar de sonido. Cada una en particular lo hace tan bien, que ninguna de ellas ni todas juntas quebrantan lo más mínimo el silencio solemne. Allá fuera hay silencio. El bosque está callado; aunque susurre, está callado. Pues los árboles, incluso donde se apiñan más

multitudinosamente, mantienen la palabra -cosa que los hombres raramente hacen a pesar de las promesas dadas-: que esto quede entre nosotros. El mar está callado; aunque se enfurezca ruidoso, está, no obstante, callado. En el primer instante quizá te equivoques al oírlo, y oigas que mete ruido. Y si te marchas en seguida, llevándote la impresión de que es ruidoso, le haces injusticia al mar. En cambio, si te quedas un poco más junto al mar y lo escuchas con mayor exactitud, entonces -¡cosa extraña!- estás oyendo el silencio; ya que la monotonía es también silencio. Y cuando el silencio reina al atardecer sobre el paisaje, y tú desde la pradera oyes un mugido lejano, o alejado del caserío oyes la voz doméstica del perro: entonces no debes afirmar que ese mugido o esta voz perturban el silencio, porque no lo perturban, sino que forman parte del silencio mismo y, en cuanto vuelven a estar de acuerdo tácito con él, misteriosamente lo aumentan.

Contemplemos ahora más de cerca al lirio y al pájaro de los que tenemos que aprender. El *pájaro calla y aguarda*. Sabe, o, mejor dicho, lo cree a machamartillo, que todas las cosas ocurren a su debido tiempo, y por eso está aguardando; sabe que a él no le compete tener noticia del día o de la hora, y por eso se calla. El pájaro dice: indudablemente que acontecerá en el tiempo oportuno; pero no, el pájaro ni siquiera dice eso, se calla. Mas este silencio suyo es elocuente; su silencio está diciendo que lo *cree* así, y porque lo cree, por eso se calla y espera. Y cuando luego llega *el instante*, el pájaro silencioso comprende que ése es el instante;... lo aprovecha, y se puede afirmar que nunca ha quedado defraudado. Y lo mismo sucede con el lirio, que se calla y aguarda. No se pregunta impaciente: “¿Cuándo vendrá la primavera?”. Pues sabe que vendrá en el tiempo oportuno, y sabe que no sacaría el menor provecho de que le dejasen a él determinar las estaciones del año. Tampoco dice: “¿Cuándo nos lloverá?”, o “¿cuándo saldrá el sol?”, o “¡ya estamos bien de lluvias!”, o “¡vaya calor que hace!”. No se preguntará de antemano cómo será el próximo verano, si largo o si corto. No, el lirio calla y espera; así es de sencillo y se puede afirmar que nunca quedó defraudado; esto solamente le puede acontecer a la prudencia sabihonda, pero no a la sencillez, que ni engaña ni es engañada. Y así llega el instante, y cuando llega el instante, el lirio callado comprende que ése es el instante, y lo aprovecha.

¡Oh, vosotros, profundos maestros de la sencillez!, decidnos: ¿no será también posible encontrar “el instante” *hablando*? De ninguna manera, sólo callando se encuentra el instante; mientras se habla, basta que se diga una sola palabra, se soslaya el instante; solamente en el silencio está el instante. Y por eso, porque no puede callarse, es muy raro el caso de que un hombre llegue a comprender debidamente la presencia del instante y que, en consecuencia, lo aproveche debidamente. No puede callarse ni esperar, y esta es la razón que permite aclarar que el instante ni siquiera llegue para él; no puede callarse, y quizá esto explique que no lo note cuando le llega el instante. Ya que el instante, aunque preñado con su rica significación, no manda ningún mensajero por delante, anunciando su llegada; para eso viene demasiado aprisa al llegar, ni siquiera un momento antes; ni tampoco viene, por muy significativo que sea en sí mismo, acompañado de ruido y alboroto; no, el instante viene suavemente, con un paso más ligero que el de la criatura más rauda, pues viene con el ágil paso de lo repentino, viene a hurtadillas. Por eso hay que estar completamente callado si se quiere captar ese “ahí está ahora mismo”; y en el momento siguiente ya ha pasado, por eso hay que haber estado completamente callado para sacarle provecho. Y, sin embargo, todo depende del instante. Y de seguro que la desgracia de la inmensa mayoría de los hombres consiste en que en su vida jamás captaron el instante y en ella lo eterno y lo temporal siempre anduvieron separados. Y ¿por qué? Porque no fueron capaces de callarse.

El pájaro calla y sufre. Por mucha que sea la congoja que le invade, siempre calla. Incluso sus lamentos sombríos en el desierto y en la soledad están callados. Gime tres veces, después se calla, y vuelve a suspirar otras tres veces; pero esencialmente está callado. Pues no dice lo que pasa, no se lamenta, no acusa a nadie, solamente suspira para terminar de nuevo callándose. Es como si el silencio estuviese a punto de hacerle reventar, por eso tiene que suspirar para poder callarse. El pájaro no está exento de los sufrimientos; pero el pájaro silencioso se libera de

aquello que hace todavía más pesado el sufrimiento: la incomprensiva compasión de los demás; de aquello que hace más duradero el sufrimiento: el mucho hablar de él; de aquello que convierte el sufrimiento en una cosa peor que el mismo sufrimiento: el pecado de la impaciencia y de la melancolía. Porque no vayas a creer que se oculta la mínima falsedad en el hecho de que el pájaro calle cuando sufre, como si en su interior profundo, por muy silencioso que aparezca ante los demás, no callase, y se lamentara de su destino acusando a Dios y a los hombres, y permitiendo que “el corazón pecara en la pena”. No, el pájaro calla y sufre. ¡Ay, el hombre no hace esto! ¿De dónde dimana en fin de cuentas el que el humano sufrimiento, en comparación con el del pájaro, parezca tan pavoroso? ¿Acaso no proviene de la capacidad de hablar que el hombre posee? No, no proviene de eso, puesto que seguramente es una ventaja, sino que dimana de que el hombre no es capaz de callarse. En realidad no acontece como lo cree el impaciente o, de una manera mucho más violenta, el desesperado que -abusando del lenguaje y de la voz-exclama o grita: “¡Ojalá tuviese una voz como la de la tempestad para poder expresar todo mi sufrimiento como lo estoy experimentando!”. Este sería, desde luego, un recurso calamitoso que solamente contribuiría a que experimentase el sufrimiento con mayor vigor. No, no es éste el medio; sí pudieras callarte, si lograses el silencio del ave, entonces sí que se te aliviarían los sufrimientos.

Y lo mismo que con el pájaro, acontece con el lirio, que se calla. Aunque esté sufriendo mientras se va marchitando, se calla. Esta criatura inocente no es capaz de fingir, ni tampoco se le exige que finja -y es una suerte para ella que no lo pueda hacer, pues de seguro que la habilidad del fingimiento se paga cara-; no puede fingir, porque cambia de color y basta mirar su palidez para ver que está sufriendo; pero eso sí, se calla. Con gusto se mantendría enhiesto para ocultar lo que sufre, más no tiene fuerzas ni dominio de sí mismo suficientes para ello, su cabeza se va inclinando rendida y lánguidamente, y el transeúnte -caso de que haya algún transeúnte tan compasivo que le regale su atención- comprende lo que esto significa con su muda elocuencia; pero se calla. Así es el lirio. ¿De dónde dimana al fin de cuentas el que el humano sufrimiento, comparado con el del lirio, parezca tan pavoroso? ¿Acaso no proviene de que éste no pueda hablar? Si el lirio pudiese hablar y en este caso -¡ay, como le acontece al hombre!- no hubiera aprendido el arte del silencio, ¿acaso no sería también su sufrimiento pavoroso? Pero el lirio se calla. Para el lirio sufrir es sufrir, ni más ni menos. Y precisamente cuando sufrir no es ni más ni menos que sufrir, entonces el sufrimiento se particulariza y se simplifica, y también se empequeñece todo lo que es posible. Menos no puede ser, ya que el sufrimiento está ahí y consiguientemente es lo que es. En cambio puede agrandarse ilimitadamente cuando no se le reduce exactamente a ser ni más ni menos de lo que es. Si el sufrimiento no es ni más ni menos, es decir, si sólo es lo que concretamente es, entonces, aun tratándose del mayor sufrimiento, es el menor posible. Pero si no se concretiza la magnitud peculiar del sufrimiento, entonces se hace más grande; esa indeterminación aumenta el sufrimiento ilimitadamente. Y tal indeterminación surge cabalmente empujada por la ventaja equívoca que el hombre tiene de poder hablar. Por el contrario, la determinación del sufrimiento, que no sea ni más ni menos que lo que es, solamente es fruto del poder callar; y este silencio es el que tú puedes aprender del pájaro y del lirio.

Allá fuera, junto al lirio y al pájaro, reina el silencio. ¿Qué es lo que expresa este silencio? Expresa el respeto de Dios, que es Él quien dictamina, que sólo a Él compete la sabiduría y la inteligencia. Y cabalmente porque este silencio es respeto de Dios y, en cuanto puede serlo en la naturaleza, adoración, por eso es un silencio tan solemne. Y porque este silencio es tan solemne, por eso cabalmente se capta a Dios en la naturaleza. ¿Cómo iba a ser de otra manera, si todo está callado por respeto hacia Él? Aunque Dios no hable, ese callar de todo por respeto hacia Él, nos hace el efecto de que nos está hablando.

En cambio, lo que ningún poeta puede ayudarte a aprender de ese silencio allá fuera junto al lirio y al pájaro, lo que solamente el Evangelio puede enseñarte, es que hay seriedad, que tiene que haberla, en la *exigencia* de que el pájaro y el lirio sean maestros, de que tú tienes que imitarlos, aprender de ellos con toda seriedad que tú tienes que hacerte silencioso como el lirio y

el pájaro.

Y precisamente la seriedad consiste -si se entiende de una manera auténtica, no como el poeta soñador, o el poeta que deja que la naturaleza sueñe en su contorno- en esto: que tú allá fuera, junto al lirio y al pájaro, sientas *que estás delante de Dios*, cosa que frecuentemente se olvida por completo al hablar y dialogar con los demás hombres. Pues cuando meramente hablamos dos hombres juntos, y todavía peor si somos diez o más, se suele olvidar con la mayor facilidad que tú y yo, nosotros dos, o que nosotros diez estamos delante de Dios. Pero el lirio, que es maestro, está pensativo. Ni siquiera se entromete en lo tuyo, se calla, y callándose te quiere dar a entender que existes delante de Dios, que recuerdes que estás delante de Dios: que tú también con seriedad y de verdad debieras hacerte silencioso delante de Dios.

Y *debes* hacerte silencioso delante de Dios como el lirio y el pájaro. No tienes que decir: “¡bah! al pájaro y al lirio les cuesta muy poco callarse, puesto que seguramente no pueden hablar”; no digas esto, en general no debes decir nada, no debes intentar lo más mínimo hacer imposible la enseñanza que se encierra en el silencio y, en lugar de ponerte seriamente a callar, dispararte loca y vanamente a estropear el silencio dentro de un discurso, quizá como tema de conversación, con lo que no queda del silencio sino sólo un gran discurso acerca de lo de estar callado. Delante de Dios no has de darte en absoluto mayor importancia que el lirio y el pájaro; cosa que se seguirá inmediatamente de suyo en el caso de que con seriedad y verdad estés delante de Dios. Y reconocerás al pájaro y al lirio como tus maestros, y no te darás aquella importancia aunque lo que pretendieras en el mundo fuese la hazaña más asombrosa de todas las hazañas. Y aunque tus planes no cupieran en el mundo entero, al ir a ejecutarlos, aprenderás de aquellos maestros a reunirlos todos delante de Dios, con la mayor sencillez, en lo que ocupa menos lugar que un punto y en lo que hace menos ruido que la más insignificante bagatela: en el silencio. Y aunque hayas sufrido dolores tan terribles que la humanidad los desconocía hasta ahora: reconocerás al lirio y al pájaro como tus maestros y no te darás mayor importancia a ti mismo que la que ellos tengan para sí en sus pequeños dolores.

Esto pasa cuando el Evangelio exige seriamente que el pájaro y el lirio sean maestros. En cambio, muy distinto es lo que sucede con el poeta, o con el hombre que, precisamente porque le falta seriedad, en el silencio junto al lirio y al pájaro no se hace completamente silencioso -sino que se hace poeta-. En realidad el lenguaje poético es muy diferente del común modo de hablar de la gente, es casi como silencio, pero, no obstante, no es silencio. El poeta tampoco busca el silencio para llegar a callar, sino, al revés, para llegar a hablar: como habla un poeta. En aquel silencio de allá fuera el poeta se pone a soñar en la gran hazaña, que, sin embargo, no ejecutará nunca -ya que el poeta seguramente no es un héroe-; y entonces se hace elocuente, quizá se hace cabalmente elocuente porque él es el amante desdichado de la gran hazaña, en tanto que el héroe es el amante dichoso de la misma; y por eso la carencia de lo que echa de menos le hace elocuente, la carencia es la que hace propiamente al poeta, que se hace elocuente; esta elocuencia suya es poesía. Allá fuera, en el silencio, traza grandes planes para transformar y henchir de alegría todo el mundo, grandes planes que jamás llegan a ser realidad; no, se hicieron poesía. Allá fuera, en el silencio, arropa sus dolores y hace que todo -sí, todo, incluso los maestros, el pájaro y el lirio, tienen que servirle, en vez de ser él quien aprendiera de ellos- rebote el eco de su dolor; y el eco de este dolor es poesía, pues un grito de ninguna manera es poesía, pero el infinito eco del grito es en sí mismo algo poético.

Por lo tanto, el poeta no se calla en el silencio que reina junto al lirio y al pájaro. Y ¿por qué? Precisamente porque invierte la relación, se hace a sí mismo lo más esencial en comparación con el lirio y el pájaro, se imagina que incluso ha de dársele mérito -esto es lo que suele afirmarse- por prestarle la palabra y el lenguaje al pájaro y al lirio, cuando, por el contrario, la tarea consistía en aprender uno mismo el silencio del lirio y del pájaro.

¡Ojalá, mi querido oyente, que, a pesar de todo, el Evangelio tenga éxito por medio del lirio y del pájaro en enseñarte -y también a mí- la seriedad, de suerte que te tornes completamente

silencioso delante de Dios! ¡Que en el silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de cómo te llamas, de tu propio nombre, del nombre famoso, o miserable, o insignificante, para pedirle a Dios en silencio: “Santificado sea el tu nombre”! ¡Que en el silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de tus planes, tan grandes, de tus planes que todo lo abarcan, o de los restringidos planes que se refieren a tu vida y a tu porvenir, para pedirle a Dios en silencio: “Venga a nos el tu Reino”! ¡Que en el silencio llegases a olvidar tu propia voluntad, tu capricho, para pedirle a Dios en silencio: “Hágase tu voluntad”! ¡Ah! si aprendieras del lirio y del pájaro a hacerte completamente silencioso delante de Dios, ¿cuánto no podría ayudarte el Evangelio? Nada te iba a ser imposible. Mas ¡cuánto no te ha ayudado ya si por medio del lirio y del pájaro ha logrado enseñarte el silencio! Pues, como queda dicho, el temor de Dios es el comienzo de la sabiduría, y el silencio es el comienzo del temor de Dios. Salomón dice: Vete a la hormiga y hazte sabio; y el Evangelio afirma: Vete al pájaro y al lirio y aprende silencio.

III

**Mirad las aves del cielo; no siembran ni siegan,
ni encierran en graneros -descuidadas del día de mañana-.
Mirad la hierba sobre el campo -que hoy es-.**

Haz esto y aprenderás:

ALEGRÍA

Contemplemos, pues, al lirio y al pájaro, que son los maestros alegres. Sí, “los maestros alegres”, puesto que no dejarás de saber que la alegría es comunicativa; y por esta razón no hay nadie que aleccione mejor en la alegría que quien es alegre. El maestro en la alegría no tiene otra cosa que hacer fuera de la de estar alegre, o ser la misma alegría. Su enseñanza es deficiente, por mucho que se esfuerce por comunicar la alegría, si él mismo no está alegre. Y así tampoco hay nada más fácil que dar lecciones de alegría, ¡ah!, sólo se necesita estar siempre alegre de verdad. Pero ese “¡ah!” quiere indicar que en definitiva no es cosa fácil, que en realidad no es tan fácil estar siempre alegre. En cambio, si se está, nada hay más cierto que la facilidad de enseñar en la alegría.

Pero allá, fuera, junto al lirio y al pájaro, o allá fuera donde el lirio y el pájaro dan lecciones de alegría, allí siempre hay alegría. Y estos maestros nunca se encuentran en la perplejidad frecuente de un maestro humano, que lo que ha de enseñar lo tiene escrito en un papel o muerto de risa en los estantes de su biblioteca, en una palabra, en cualquier lugar y no siempre a mano; no, allí donde el lirio y el pájaro dan lecciones de alegría, allí siempre hay alegría: el lirio y el pájaro la tienen en sí mismos. ¡Qué alegría cuando despunta el día y el pájaro se despierta temprano a la alegría mañanera! ¡Qué alegría, aunque de tono diferente, cuando se aproxima la noche y el pájaro gozoso se apresura a recogerse en su nido! Y ¡qué alegría todo el largo día del verano! Y cuando el pájaro -que no canta meramente al trabajar, como pueda hacerlo un alegre trabajador, sino que su esencial tarea es el canto- se pone gozosamente a cantar, ¡qué alegría! Y cuando también empieza a cantar el vecino de al lado, y luego el de enfrente, y luego todos los pájaros a coro, ¡qué alegría!, ¡qué nueva alegría! Y cuando al final todo parece como un mar sonoro que bate el bosque y el valle, el cielo y la tierra con sus ecos, un mar sonoro en medio del cual se sobresalta ahora de alegría el pájaro que dio el tono: ¡qué alegría! ¡qué alegría! Y así es la vida entera del pájaro: siempre y en todo encuentra algo, o mejor dicho: bastante, de que alegrarse, no desperdicia ni un solo momento, y daría por perdidos todos los momentos en que no estuviera alegre.

¡Qué alegría cuando empieza a caer el rocío que conforta al lirio que, refrescado, se dispone a descansar! ¡Qué alegría cuando el lirio, bien bañado, se pone a secar lleno de placer a los primeros rayos del sol! Y ¡qué alegría todo el largo día del verano!

¡Contémploslos, no dejes de hacerlo; contempla al lirio, y contempla al pájaro; y contémploslos juntos! Cuando el pájaro se oculta junto al lirio, donde aquél tiene su nido y está a las mil maravillas, y a veces pasa el tiempo jugando y bromeando con el lirio, ¡qué alegría! Y cuando el pájaro elevado sobre las copas de los árboles, o todavía más alto que la nube, mira lleno de dicha hacia su nido y hacia el lirio, que le devuelve la mirada con una sonrisa en los ojos puestos en él, ¡qué alegría! ¡Feliz, dichosa existencia, tan rica en alegría! o ¿acaso es menor la alegría porque, entendiéndolo mezquinamente, es poca cosa la que los hace tan alegres? De ninguna manera, esa mezquina comprensión es una incompreensión, ¡ay!, una incompreensión altamente triste y lamentable; pues cabalmente porque es poca cosa la que los pone tan alegres, se demuestra que son ellos mismos la alegría y la alegría misma. ¿Acaso no es esto así? Desde luego; hasta tal punto que si aquello de que uno se alegra fuese absolutamente nada, ello demostraría de la manera mejor que uno mismo es la alegría y la alegría misma. Esto es lo que les acontece al lirio y al pájaro, los gozosos maestros de la alegría, que precisamente porque son *alegres sin condiciones*, son la alegría misma. Porque indudablemente no es la alegría misma aquel cuya alegría depende de ciertas condiciones, sino que su alegría es la de las condiciones y él, conforme a éstas, se alegra condicionadamente. Por el contrario, quien es la misma alegría está absolutamente alegre; y al revés, quien está absolutamente alegre es la alegría misma. ¡Ay!, a nosotros los hombres las condiciones de poder alegrarnos nos ocasionan muchas fatigas y preocupaciones. Incluso reuniendo todas las condiciones, es probable que tampoco lograríamos estar absolutamente alegres. Y ¿no es verdad, profundos maestros de la alegría, que eso tiene que ser inevitablemente así? Ya que, aún reunidas todas las condiciones, si se recurre a ellas, es imposible llegar a estar más alegre que lo que ellas suponen o alegrarse de una manera que no sea condicionada. Es evidente que las condiciones y lo condicionado se corresponden mutuamente. Por eso, absolutamente alegre sólo puede llegarlo a ser quien es la alegría misma, y sólo permaneciendo absolutamente alegre se torna uno la misma alegría.

Sin embargo, ¿no se podría indicar muy brevemente cómo la alegría es el contenido de esta enseñanza del lirio y del pájaro? o ¿no se podría indicar cuál es el contenido de esta enseñanza en la alegría? Es decir, ¿no se podrían indicar muy brevemente las categorías conceptuales de esta su enseñanza? Desde luego, no hay ninguna dificultad; puesto que el lirio y el pájaro, por muy sencillos que sean, tampoco están desprovistos de pensamiento. Por lo mismo, es fácil indicar aquellas categorías. No olvidemos de paso -lo que en este aspecto simplifica la cosa extraordinariamente- que el lirio y el pájaro son ellos mismos los que enseñan, expresan por sí mismos aquello en lo que aleccionan como maestros. Esta es la originalidad adquirida, que es distinta de la originalidad inmediata y primera -y que consiste en que el lirio y el pájaro tengan de primera mano, en el sentido más estricto, aquello que enseñan-. Esta originalidad adquirida del pájaro y del lirio es, a su vez, sencillez; ya que un magisterio sencillo no depende tanto de que se empleen expresiones simples y cotidianas, o pomposas y eruditas, ni mucho menos; sino que la sencillez de la enseñanza radica en el hecho de que el maestro mismo sea aquello en lo que alecciona. Y este es el caso del lirio y del pájaro. Su enseñanza en la alegría -que viene a su vez expresada por su vida- es, brevemente descrita, la siguiente: junto a ellos *hay un hoy*; *hay*, sí, tenemos que acentuar infinitamente este *hay*: allí hay un hoy, y no hay ninguna, absolutamente ninguna preocupación por el día de mañana, o por el otro día. Esta no es una superficialidad del lirio y del pájaro, sino la alegría del silencio y de la obediencia. Pues cuando estás callado en el silencio solemne que reina en la naturaleza, entonces no existe el día de mañana; y cuando tú obedeces, como lo hacen todas las demás criaturas, entonces no existe el día de mañana, el desdichado día que inventaron la charlatanería y la desobediencia. Mas cuando de esta manera el día de mañana deja de existir por motivo del silencio y de la obediencia, entonces en la obediencia y en el silencio es el día de hoy, él es, y así hay la alegría, como la que habita en el lirio y el pájaro.

¿Qué es la alegría? O ¿qué cosa es estar alegre? La alegría es ser de verdad actual a uno mismo; pero ser verdaderamente actual a uno mismo equivale a este hoy, a este *estar* al día, *ser* de verdad *al día*. Y en la misma medida que sea verdadero que tú eres al día, en la misma medida que tú vayas siéndote más completamente actual a ti mismo en el estar al día, en esa misma

medida dejará de existir para ti el día de mañana, el día de la desgracia. La alegría es el tiempo presente, poniendo todo el acento en lo de: *el tiempo presente*. Por esta razón es Dios dichoso. Él que eternamente dice: hoy; Él que eternamente e infinitamente se es actual a sí mismo en ese ser al día. Y por esta razón son la alegría el lirio y el pájaro, porque son completamente actuales a sí mismos en ese estar al día gracias al silencio y a la obediencia absoluta.

“Pero -dirás- el lirio y el pájaro no tienen mayores dificultades en ser todo eso”. Respuesta: no me vengas con ningún “pero”, sino aprende del lirio y del pájaro a serte completamente actual a ti mismo en ese estar al día, con lo que tú también serás la alegría. Mas, bien entendido, ningún “pero”; se trata de una cosa seria, de que tú *debes* aprender alegría de ellos. Mucho menos todavía has de darte importancia explotando la sencillez del lirio y del pájaro con unos cuantos chistes -quizá para sentirte- a propósito de un día de mañana particular, como diciendo: ¡bah!, para el lirio y el pájaro no hay dificultades, pues realmente no tienen ningún mañana con que atormentarse, “pero el hombre, ¡el hombre que no sólo tiene la preocupación por el día de mañana, ¿qué comerá?, sino también por el día de ayer, con respecto a lo que comió ... y todavía no está pagado!”. No, déjate de chistes que groseramente malbaratan la enseñanza. Es mejor que aprendas, que al menos empieces a aprender la lección del lirio y del pájaro. No creo que nadie nos venga ahora a interrumpir, opinando seriamente que todo aquello de lo que se alegran el lirio y el pájaro no significa un camino para la alegría. ¿Acaso no será tampoco ningún motivo de alegría el que hayas nacido, que existas, que consigas “hoy” lo necesario para subsistir; que hayas nacido hombre; que veas -¡medítalo!- que puedas ver, oír, oler, gustar, tocar? ¿Que el sol brille para ti, y que por ti, cuando el sol se cansa, aparezca la luna y se enciendan las estrellas? ¿Que llegue el invierno y toda la naturaleza se enmascare y extranjerice juguetonamente, divirtiéndote? ¿Que llegue la primavera y con ella los pájaros en bandadas innumerables, para alegrarte; y que la hierba germine y el bosque crezca y haya bodas en él, y todo esto para alegrarte? ¿Que llegue el otoño y los pájaros emigren, no para hacerse encarecidos, de ninguna manera, sino para que tú no te aburras de ellos; y que el bosque oculte todos sus atavíos para la próxima vez, para poder alegrarte la próxima vez? ¿Acaso no es todo esto ningún motivo de alegría? ¡Cómo me gustaría replicar!, pero por respeto al lirio y al pájaro no me atrevo a hacerlo, y por eso en vez de afirmar que todo eso no es ningún motivo de alegría, prefiero decir: si todo eso es algo de que no hay que alegrarse, entonces no hay nada de qué alegrarse. Y ahora piensa que el lirio y el pájaro son la alegría misma, y, sin embargo -entendido de la mejor manera-, no tienen de seguro tanto como tú, ni muchísimo menos, de qué alegrarse; tú, que por añadidura tienes al lirio y al pájaro para alegrarte. Por lo tanto, aprende del lirio y aprende del pájaro, que son maestros: existen, están al día, y son la alegría, ¿Acaso no eres capaz de alegrarte con el lirio y el pájaro que son la misma alegría? ¿No puedes alegrarte de verlos, de suerte que voluntarioso aprendas su lección? Si no eres capaz de esto, habrá que decir como el maestro del niño: “Aptitudes no le faltan, y aparte de eso la cosa es tan fácil que no es cuestión de falta de aptitudes; tiene que ser otra cosa, quizá una especie de indisposición que no hemos de juzgar de repente con demasiado rigor y tratarla como si fuera mala gana o incluso terquedad”.

Así son el lirio y el pájaro maestros en la alegría. Y, con todo, no dejan de tener también sus cuidados, como toda la naturaleza los tiene. ¿Acaso no gimen todas las criaturas bajo la servidumbre de la corrupción a la que fueron sometidas contra su voluntad? ¡Todo está sometido a la corrupción! La estrella que está fija en el cielo, la que esté más firme de todas tendrá que cambiar su posición con la caída, y aunque jamás cambiara de posición, sin embargo, algún día, ya no podrá sostenerla e irá cayendo en el abismo. Y el mundo entero, con todo lo que en él hay, tendrá que cambiar, como se cambia un vestido para arrinconarlo. ¡Todo es presa de la corrupción! Y el mismo lirio, aunque se haya librado de caer inmediatamente al fuego, tendrá, no obstante, que llegar a marchitarse, después de haber sufrido lo suyo. Y el pájaro, aunque lograra haber alcanzado los años de la vejez, tendrá que separarse un día de su pareja amada, después de haber sufrido lo suyo. ¡Ay, todo es corrupción, y todo lo que es será algún día presa de la corrupción! ¡Corrupción, corrupción, éste es el *suspiro* que todo lo llena -pues estar sometido a la corrupción es ser lo que un suspiro significa: reclusión, ataduras,

encarcelamiento-; y el contenido del suspiro es: corrupción, corrupción!

Y, sin embargo, el lirio y el pájaro están absolutamente alegres. Y en esto comprobarás la razón y la verdad de la afirmación evangélica: tú *debes* aprender alegría del lirio y del pájaro. Sin duda, que no puedes desear mejores maestros que los que, a pesar de estar sometidos a una pena infinitamente honda, son no obstante absolutamente alegres y la alegría misma.

Casi aparece como un milagro este comportamiento del pájaro y del lirio: estar, en el cuidado más hondo, absolutamente alegres. ¿Cómo es posible *ser*, es decir, estar absolutamente alegres hoy, habiendo por delante un tan pavoroso mañana? ¿Cómo puede uno zafarse? El lirio y el pájaro se zafan siempre con toda sencillez, y así mantienen alejado el mañana como si no existiese. Hay unas palabras del Apóstol Pedro que el lirio y el pájaro tienen muy metidas en el corazón, y son tan sencillos que las toman completamente al pie de la letra -¡ah!, este tomarlas por completo al pie de la letra es cabalmente lo que les ayuda-; cuando no se las toma así al pie de la letra, se convierten más o menos en unas palabras inoperantes, hasta que al final no dicen nada. Sin embargo, hay que poseer una sencillez absoluta para tomarlas absolutamente al pie de la letra. Esas palabras son: “Arrojad *todos* vuestros cuidados *sobre Dios*”. He aquí que el lirio y el pájaro hacen esto de un modo absoluto. Ellos arrojan lejos de sí todo su cuidado mediante el silencio absoluto y la obediencia incondicional, sí, lo arrojan lejos como la más potente catapulta, y con una pasión como la que se pone al lanzar lo que más se detesta. Y, al mismo tiempo, lo arrojan con la seguridad de un disparo de fusil, y con una fe y confianza como aquella con la que el tirador más avanzado acierta en el blanco *sobre Dios*. Y en el mismo instante -un instante que es hoy desde el primer momento y con el que se es contemporáneo desde el primer momento-, en el mismo instante están absolutamente alegres. ¡Qué operación más maravillosa! ¡Poder así hacer un atadillo de todos sus cuidados y poderlos disparar tan felizmente hasta dar en el blanco seguro! Esto es lo que hacen el lirio y el pájaro, por eso están absolutamente alegres en el mismo instante. Y es una cosa completamente en orden; porque Dios, el Omnipotente, sostiene todo el mundo y porta todos los cuidados del mundo -incluidos los del lirio y del pájaro- con infinita facilidad. ¡Qué alegría más indescriptible! La alegría que se goza de Dios Omnipotente.

Aprende, pues, del lirio y del pájaro, aprende esta operación de lo absoluto. Sin duda que es una magnífica obra maestra; más, precisamente por eso, tienes que prestar mayor atención al lirio y al pájaro. Esta es una magnífica obra maestra y, como “obra maestra de la mansedumbre”, contiene una contradicción, o mejor dicho, es una obra maestra que soluciona una contradicción. Porque la palabra “arrojar” hace pensar en seguida en un empleo de la fuerza, como si se tuvieran que conjuntar todas las fuerzas propias y con un tremendo esfuerzo de las mismas, “poderosamente”, se arrojasen los cuidados lejos de sí; y, sin embargo, no es de ninguna manera el “poderío” precisamente lo que hay que emplear. Lo que hay que emplear, y esto de modo absoluto, es “*la flojedad*” que se abandona. ¡Y así hay que arrojar los cuidados lejos de uno, *todos* los cuidados! Si no se arrojan todos, sí queda mucho, algo o poco cuidado, entonces no se alegra uno, y mucho menos se está absolutamente alegre. Y si no se los arroja absolutamente *sobre Dios*, sino en otro lugar cualquiera, entonces uno no se desentiende en absoluto de ellos, retornarán de nuevo de una u otra forma, las más de las veces con la figura de un cuidado todavía mayor y más amargo. Arrojar el cuidado lejos de uno mismo, pero no en Dios, es “diversión”. Pero las diversiones son un recurso dudoso y ambiguo contra los cuidados. En cambio, el arrojar absolutamente todos los cuidados en Dios es “*concentración de ánimo*”, y, sin embargo -sí, ¡qué admirable es esta contradictoria obra maestra!- es una *concentración* mediante la cual te *desembarazas* absolutamente de todo cuidado.

Aprende, pues, del lirio y del pájaro. ¡Arroja todo tu cuidado en Dios! Eso sí, lo que no tienes que arrojar de ti es la alegría, al revés, te tienes que aferrar a ella con todo tu poderío, con todas las fuerzas de la vida. Haciéndolo, se puede dar por descontado que siempre conservarás alguna alegría; pues, arrojando lejos todos tus cuidados, conservarás de seguro solamente lo que de alegría haya en ti. Sin embargo, esto todavía será insuficiente. Por lo cual tendrás que seguir

aprendiendo del lirio y del pájaro. Es decir, arroja completa y absolutamente todos tus cuidados sobre Dios como lo hacen ellos, y así llegarás a estar absolutamente alegre como ellos lo están. Porque la alegría absoluta consiste en: adorar la omnipotencia con que Dios todopoderoso porta todo tu cuidado con tanta facilidad como si fuese nada. Y la alegría absoluta también consiste en otra segunda cosa -que el mismo apóstol no deja de añadir-: adorando de esta manera, atreverse a creer “que Dios tiene providencia de ti”. La alegría absoluta es cabalmente alegría en Dios, en quien y del cual tú siempre puedes alegrarte absolutamente. Si en esta relación con Dios no llegas a alcanzar la alegría absoluta, sin duda ninguna que la falta está en ti, en tu ineptitud para arrojar todo tu cuidado sobre Él, en tu mala gana correspondiente, en tu propio juicio y consejo, en una palabra, en que tú no eres como el lirio y el pájaro. Sólo hay un cuidado: el cuidado que entraña el pecado, respecto del cual no pueden ser maestros el lirio y el pájaro. Por eso aquí no hablamos para nada de este cuidado. Pero respecto de todos los demás cuidados, no cabe duda que solamente es culpa tuya si no llegas a alcanzar la alegría absoluta, y es tu culpa porque no quieres aprender del lirio y del pájaro a estar absolutamente alegre de Dios, mediante el silencio y la obediencia absolutos.

Todavía una cosa más. Quizá digas con “el poeta”: “¡Sí, quién pudiera hacer su casa y habitar junto al pájaro, escondido en la soledad nemorosa, allí donde el pájaro y su compañera son una pareja, pero donde no hay con todo una sociedad! O, ¡quién pudiera vivir junto al lirio en la paz de la campiña, donde cada lirio se preocupa de sí mismo, y donde no hay ninguna sociedad! ¡Qué fácil sería así poder arrojar todo su cuidado en Dios y estar o llegar a ser absolutamente alegre! Mas la *sociedad...*, la sociedad cabalmente es la desgracia de que el hombre sea la única esencia que tiene que atormentarse a sí misma y a todos los demás hombres con la desdichada utopía social, del bienestar social; y tiene que atormentarse de manera más y más creciente en la medida en que la sociedad, para perdición de él y de ella misma, sea mayor”. Sin embargo, no debes hablar de este modo; de ninguna manera. Considera el asunto más de cerca y concede avergonzado que, a despecho del cuidado, el pájaro y su compañera constituyen una pareja enlazada por la amorosa alegría indescriptible; y que el lirio célibe, a despecho del cuidado, encuentra su alegría gozosa en el celibato. ¿No es propiamente esa alegría la que hace que la comunidad no les estorbe -ya que indudablemente entre ellos hay comunidad-? Considera el asunto más de cerca y concede avergonzado que en realidad son el silencio y la obediencia absolutos -con los que el lirio y el pájaro se alegran incondicionalmente de Dios-, los que hacen propiamente que ellos estén igualmente alegres, igual y absolutamente alegres en la soledad que en la comunidad. Por lo tanto no desperdicies la lección del lirio y del pájaro.

Y si tú aprendieses la lección de hacerte completamente como el lirio y el pájaro, ¡ah!, si yo la aprendiera, entonces también sería verdad en ti y en mí la última súplica de la oración por antonomasia -que sirve de modelo a toda auténtica plegaria, porque ya sólo brota como una expresión alegre y más alegre y absolutamente alegre-, la súplica que al final ya no tiene en absoluto nada más que rogar ni que desear, sino que se cierra con un cántico de alabanza y adoración: “Tuyos son, Señor, la majestad y el poder y la gloria”. Sí, la majestad es suya; y por eso has de estarte plenamente callado, sin perturbar lo más mínimo, sin que se note siquiera que existes, si no es para expresar con la solemnidad del silencio pleno que suya es la majestad. Y el poder es suyo; y por eso has de obedecer incondicionalmente y con esta obediencia conformarte con todo, pues suyo es el poder. Y suya es la gloria; y por eso, en todo lo que hagas y en todo lo que sufras, tienes absolutamente todavía una cosa más que hacer, la de darle gloria, pues la gloria es suya.

¡Oh alegría absoluta! Que son suyos la majestad y el poder y la gloria: por toda la eternidad. “Por toda la eternidad, he aquí, el día, el día eterno, el día que jamás acaba. Por eso aférrate sola y absolutamente a esto, a que suyos son la majestad y el poder y la gloria por toda la eternidad. Ahí hay para ti un hoy que nunca termina, un hoy en el cual eternamente puedes hacerte actual a ti mismo. Que el firmamento se hunda, que las estrellas cambien de posición al transmutarse todo, que los pájaros caigan muertos y los lirios marchitos: tu alegría está en la adoración, y, en tu alegría, a pesar de todo, sobrevivirás hoy mismo todos los ocasos. Medita -cosa que si no te

concierno en cuanto hombre, sí en cuanto cristiano- que la misma peligrosidad de la muerte es para ti tan insignificante, que se dice: “hoy mismo estarás en el Paraíso”; y, consiguientemente, el tránsito de la temporalidad a la eternidad -la distancia máxima- es tan rápido; aun que tuviera que verificarse a través del desmoronamiento del universo, es, sin embargo, tan rápido, que hoy mismo, de *permanecer* cristianamente en Dios, estarás en el Paraíso. Puesto que si permaneces en Dios, ya sea que vivas o mueras, ya sea que, mientras vives, te salgan bien las cosas o torcidas, ya sea que mueras en esta fecha o al cumplir los setenta años, ya sea que encuentres tu muerte en un naufragio, allí donde el mar es más profundo, o que saltes hecho trizas por los aires: sin embargo, no llegas a salirte de Dios, *permaneces*, y en Él también sigues presente a ti mismo, y por eso en el día de tu muerte, hoy mismo, estarás en el Paraíso. El pájaro y el lirio viven solamente un día, un día muy corto y, no obstante, son la alegría, porque -como ya explicamos- están verdaderamente al día y son actuales a sí mismos en ese hoy. Y tú, a quién se le ha concedido el día más largo de todos: vivir hoy, y hoy mismo estar en el Paraíso... ¿no tendrías que estar absolutamente alegre? Incluso debieras atreverte, puesto que sin duda te es imposible, a sobrepasar al pájaro en la alegría. Esta es la persuasión que crece en ti siempre que rezas aquella oración, y también lo verificas cada vez que íntimamente rezas al Señor aquella oración de la alegría: “Tuyos son la majestad y el poder y la gloria: por toda la eternidad, amén”.